

HICKEY Y PELLIZONI, MARGARITA (1740–1791)

ENDECHAS

I.

Aconsejando a una joven hermosura no entre en la carrera del amor

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

No prosigas, aguarda,
detén el paso, el brío,
porque es despeñadero
el que juzgas camino.

No te engañe el terreno
porque le ves florido,
que en esas mismas flores
está el mayor peligro.

Vuelve, vuelve la espalda
al reclamo fingido,
no te suceda incauta
lo que al fiel pajarillo;

Que engañado en los ecos
del gorjeo mentido,
pensando que al consorte
se entrega a su enemigo.

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

Huye el Mar proceloso
donde todo es conflicto,
tormentas y borrascas,
nafragios, peñas riscos;

en donde se navega
sin fe, sin norte fijo,
sin socorros humanos,
sin auxilios divinos:

y en donde siendo todo
contingencia y peligro,
desconocidas Playas,
escollos y bajíos:

en tan urgentes riesgos
es el Piloto un niño,
el rumbo la inconstancia,
y el Bajel es de vidrio.

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

No malogres las gracias
de tus años florecidos,
dando a tus perfecciones
empleos poco dignos.

A empresas más heroicas
eleva tus sentidos,

y no abatida anheles
gozos tan fugitivos,

que aquel que más te haya
por su afecto expresivo,
merecedor de tanta
ventura parecido,

será quizá de todos
los que a tus pies invictos,
solicitan tu gracia
el menos de ella digno.

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

2.

Expresando las contradicciones, dudas y confusiones de una inclinación en sus principios, y el plausible deseo de poder amar y ser amada sin delito.

Escucha, Fabio mío,
los contrarios afectos,
y las opuestas ansias
que cruelmente batallan en mi pecho.

Y pues eres la causa,
atiende mis lamentos,
que a aquel que da los golpes,
no es justo que le ofenda oír los ecos.

Yo te vi, Fabio mío,
y si mal no me acuerdo,
de tu noble persona
tranquila contemple el merecimiento.

Tratete muy despacio,
mas con tanto sosiego,
que no recele nunca

ni aun la menor centella de este incendio.
Confírmenlo las veces,
que amando otros objetos,
me fiaste tus triunfos,
y ayudó a celebrarlos mi festejo.

Después, o por influjos
de los astros severos,
o de mudar cansado
tu corazón de tanto amante empeño,

no sé por qué atraído
de gracias que no tengo,
fijar en mí emprendiste
lo vago y variable de tu afecto.

Llegaste a declararme
tu amoroso deseo;
desestimele cuerda,

y encendió el desengaño mas tu fuego.

Repetiste instancias,
y yo desabrimientos,
y obstinándote firme,
a ser porfía ya llegó tu anhelo.

Pasando algunos días
te dio ocasión el tiempo,
que oyese de más cerca,
de tus amantes ansias los extremos.

Me aventuré a escucharte,
y mi atrevido esfuerzo
se persuadió inocente,
que podía sin peligro oírte tierno.

Mas ¡ay! cuán a mi costa

el daño experimento,
que hay en oír atenta
de aquel que no disgusta ardientes ruegos.
En fin, compadeciome
tu amoroso tormento,

lastimome tu llanto,
y acabó de obligarme tu respeto.
Tu respeto, sí, Fabio,
aquel noble respeto
que de un amor que es fino
y fijo, es el seguro compañero:

y con él embargando
mis rigores ¡no aliento
triste de mí a decirlo!
mis fieras esquivaces suspendiendo,

lograste ver trocadas
por mi mal, en momentos,
las iras en piedades,
y en agrados cambiados los despegos.

Desde ese instante, Fabio,
yo misma no me entiendo,
ni sé decir si te amo,

ni te sabré decir si te aborrezco.

Sólo sé, que combaten
tantas ansias mi pecho,
que fieras me persuaden,
que está en mi corazón el mismo Infierno.

Toda soy repugnancias,
gustos y desconsuelos,
ni acierto a aborrecerte,
ni con amarte ¡ay de mí triste! acierto.

Con tu presencia calman
algo mis sentimientos,
mas luego que te apartas,
¡qué ansia! a despedazarme vuelven fieros.

Negarme a tu caricia
mil veces me he propuesto,
y sin saber yo como,
tu dicha desvanece mis intentos.

Me aflijo cuando logras
el favor que concedo,
y luego arrepentida
quisiera concederte el que te niego.

De mi altivez llevada
quisiera verte muerto,
antes que feliz verte,
y por darte la vida luego muero.

Y pues oyes que penas
triste por ti padezco,
de agradecido solo
haz por mí una fineza que pretendo.

Ya dejar de estimarte
aunque quiera no puedo,
mas si fuese posible,
poner quisiera a mi locura freno.

Para lograrlo, Fabio,
te pido que contento
con lo que has merecido,
de tu ambición moderes los excesos.

No te ofenda, bien mío,
lo extraño de este ruego,
que el corazón lo llora,
mas lo quieren ansiosos mis respetos.

No huyo, no, de amante,
ni que me olvides quiero,
mas sólo sin bochorno
poderte amar eternamente anhelo.

Y para conseguirlo
hoy de tu amor pretendo,
que no exijas del mío
pruebas que por principio llegar debo.

Ésta es, Fabio del alma,
la fineza que espero
merecer de tu noble,
constante, y bien nacido rendimiento.

Serán, si así lo hicieras,
tan tuyos mis afectos,
que usurparte no puedan
su posesión, la envidia ni los celos,

y con esto, a Dios, Fabio,
que molestarte temo,
consérvate felice,
y prospere tu vida eterna el cielo.

3.

Respondiendo una amada a las satisfacciones que su amante quería darla de haberla nombrado por equivocación con el nombre de otra Dama, a quien antes había querido estando en conversación con ella.

Yo te agradezco, Silvio,
la amorosa protesta
con que aseguras tierno
mi asustada fineza.

Toda tu voz amante
necesita mi pena,

para que no naufrague
en tan dura tormenta.

Paguete el cielo el gozo
que en congoja tan fiera,
han causado en el alma,
tus expresiones tiernas;

y permita benigno
que en tu fe siempre vea
verdades que acrediten
cuanto fino me expresas.

Muera yo antes que mire
trocada tu fineza,
y viva solamente
para corresponderla.

Pero evítame atento
si tu pasión es cierta,
los crueles accidentes
que asustar mi amor puedan.

Y si no has de evitarlo
débate yo siquiera,
que de una vez acabes
mi triste vida adversa.

Mátame compasivo,
antes, mi bien, que vuelva
a traspasarme el pecho
tan venenosa flecha:

que no es para dos veces
la acervísima pena
de tenerme a tu vista,
y estar otra en tu lengua.

Cuando de esto me acuerdo
es mi ansia tan violenta,
que intento furibunda
despedazarme fiera.

No te lo digo, ¡oh Silvio!
para aumentar la pena
que veo te ocasiona

lo justo de mi queja.

Tu llanto en esta parte
consolada me deja,
y menos ofendida,
aunque no satisfecha.

Mas mi dolor acervo
quejándose sosiega,
diciéndolo descansa,
y llorando se temple.

¿Cómo quieres bien mío,
que quien te adora tierna
escuche de tu boca
su agravio y no lo sienta?

En llegando aquí, tanto
mi pesar me enajena,
que por no enfurecerme
dejarlo será fuerza.

Quédate en paz, mi Silvio,
y tus ansias adviertan,
que es mi bien, tan sentida
tu Nise, como tierna.

4.

A la ausencia de un amante

Amado Clelio mío,
si el hado riguroso
dispone que te ausentes
de mis ya tristes ojos,

y que en vez de ti que eras
mi alegría y mi gozo,
tenga a mi triste vista
sólo objetos odiosos;

ve, mi bien, persuadido
ya que la suerte otro
consuelo no permite

en lance tan forzoso,

que ni rigor, ni ausencia,
distancias ni remotos
climas, a donde pueda
arrojarte el enojo,

serán jamás bastantes,
ni podrán ser estorbo
de que no te ame siempre
mi fiel pecho amoroso.

Que en vano intentan fieros
el poder y el cruel odio,
dividir lo que unieron
los astros poderosos.

Ni que dos corazones
que el amor por sí propio
enlazar ha querido,
los desuna el antojo:

pues no importa que al cuerpo
separen rigurosos,
si a su albedrío el alma
como espíritu solo,

volando presurosa
por el ámbito todo
del mundo, en un instante
vista lo más remoto,

lo más distante acerca,
y penetrando estorbos,
asiste amante y tierna
donde existe su gozo.

No te encargo, bien mío,
porque tu fe conozco,
que no olvides ausente
afectos tan costosos;

tan constante caricia,
favores tan notorios,
como son los que debes
a mi amor portentoso.

Tengo de tu fineza
la confianza, y todo
el concepto que debo,
de tu valor heroico:

y ofender temería
dudándolo, no sólo
tu bien nacido afecto,
más también mi decoro.

Y así, Clelio del alma,
hoy se limitan todos
mis deseos amantes,
mis fervorosos votos,

a que bien te conserves,
a que vivas gustoso,
a que dures eterno,
a que cese el cruel odio:

y a que el tiempo, batiendo
sus alas presuroso,
corra tan velozmente,
de su vuelta tan pronto,

que el que en volver a verte
mis amorosos ojos

tarden, mi bien, parezca
aun al deseo corto.

Y con esto a Dios, Clelio,
y que el Cielo piadoso
de venturas en tanto
tu valor colme heroico.

5.

A la mudanza no esperada de un amante en una corta ausencia

Ingrato Celio aleve,
que olvidar has podido
en una sola ausencia,

amor tan grande y fino,

oye las justas quejas
de la que has ofendido,
con tu injusta mudanza,
aunque tu ingratitud sienta el oírlo.

En una sola ausencia
si larga para el vivo
dolor de un pecho amante
del Dios alado herido,

breve para la prueba
de un corazón, que activo
arde amorosamente
en su incendio divino.

Tu inconstante fineza
conservar no ha sabido,
la fe que con palabras
lágrimas y suspiros,

en tu infausta partida
poniendo por testigos,
los cielos y la tierra
de tu amante delirio,

guardar inviolable

juraste fementido,
prometiendo constancias,
firmezas apostando al amor mismo.

De vulgares bellezas
tu infiel pecho atraído,
y entregado tu afecto
a comunes cariños,

de tal suerte las riendas
has dado al albedrío,
que como plaza abierta
para todo enemigo,

trocando el amor noble
por el vil apetito,
ha sido tu infiel alma

presa de la primera que ha querido.

No siento los ultrajes
que con tan vil, e indigno
proceder, Celio ingrato,
mi amor habrá sufrido:

siento sólo la injuria
que con eso a ti mismo,
te has hecho decayendo
de aquel concepto antiguo,

de aquella idea noble
que te habían adquirido,
en mi aprecio las prendas
que en algún tiempo en ti creí haber visto.

Siento que no pudiendo
mi corazón altivo,
amar constantemente
a quien de amor no es digno,

mi pasión amorosa
también ha decaído,
de aquella esfera ardiente
de aquel extremo fino;

a que en medio de tantos
azares y peligros,
contradicciones, penas,
temores entredichos,

persecuciones, iras,
cruelles nuevas y avisos,
ceños de poderosos,
contrarios y enemigos;

cual roca incontrastable;
al embate continuo,
de las airadas olas,
a despecho de todo había ascendido.

Pues al paso que ahora
tan trocado te miro,
de lo que un tiempo fuiste,
veo, aunque a pesar mío,

que justamente airada
y ofendida en lo vivo,
de tu infame mudanza
yo tampoco soy ya la que he solido.

No sin dolor, ¡oh Celio!
sin pesar excesivo,
de mi amor de esta suerte
la proscripción intimo.

Tú propio, Celio aleve,
tú propio eres testigo
del dolor, de la pena,
las ansias, los suspiros,

la indignación, la ira,
el furor, el desvío,
que en mi pecho ha causado
la mudanza cruel, que en ti he advertido.

Mi llanto muchas veces
tiernamente te ha dicho,
cuanto la inesperada
mudanza que en ti miro;

tu trocada fineza,
tu ya desconocido
amor, ha contristado
y exasperado al mío;

y cuanto un alma noble,
incapaz del inicuo
proceder que tú ostentas,
es capaz de extrañarlo y de sentirlo.

Mas, pues pasar me has hecho,
por el dolor esquivo
de ver, y haber tocado
tus agravios y míos,

y que una pena aleve
haya en fin padecido,
que no imaginé nunca
sufrir por ti y contigo;

sabe que este fiel llanto,
estos tiernos suspiros,
este dolor acervo,
este cruel martirio,

estos afectos nobles
con que sentir me has visto,
de fineza tan grande
el no esperado olvido,

a mi amor las exequias
han hecho compasivos,
pues son de mi caricia
los últimos alientos que despido.

Y que en estas congojas,
en estos parasismos,
en estas crueles ansias,
en estos desvaríos,

y en estos sentimientos
con que afligida miro
que tu amor ha finado,
he dado yo sepulcro honroso al mío.

Y así, a Dios, Celio ingrato,
a Dios ciegos delirios
de un amor que fue sombra

no más, pavesa y viso:

pues como sombra vana
al movimiento, al giro
del cuerpo que la hacía
se ha desaparecido.

A Dios vanos contentos,
a Dios gozos fingidos,
mentidas esperanzas,
engañosos cariños:

a Dios amador falso,
amante fementido,
que a prueba de una ausencia
no sabe, infiel, tu amor vivir invicto.

A Dios, y en paz te queda,
que yo vuelvo a mi antiguo
venturoso sistema
y acertado principio,

de huir las asechanzas
de ese ciego dios niño,
de ese engañoso halago,
de ese tirano hechizo,

de esa sierpe entre flores,
martirio apetecido,
veneno disfrazado,
y encanto de potencias y sentidos.

Vuelva de mis afectos
el glorioso dominio,
con que siempre entre tantas
me he ostentado prodigio.

Y no te atrevas, Celio,
con halagos fingidos,
con mentidas finezas,
con infieles suspiros,

cuando a otros simulacros
sacrificas rendido
holocaustos e inciensos
que son de mí ya indignos,

a procurar osado,
a pretender altivo,
que se revoque y mude
el decreto que intimo:

porque si lo intentares,
si aspiras atrevido,
después de ofensas tantas
a evadir el castigo,

juro por la entereza,
por el decoro mismo,
por mí, y amor, a quienes
tienes tan ofendidos,

que sean mis venganzas

escándalo del siglo,
horror, pasmo y asombro
de amantes fementidos,

que enseñado te dejen,
aleve y advertido,
que no siempre se ofenden
impunemente generosos bríos.

6.

Reconviniendo a un amante con su mudanza, engaños y mala correspondencia: y desahuciándolo de poder volver a ella, como aparentaba desearlo.

¿Cómo puedes, ¡o Lelio!
cuando mudado, aleve,
no sientes lo que dices,
decir lo que no sientes?

¿Un pecho, que de honrado
se precia, cómo puede
mentir a quien un tiempo
amó extremadamente?

Lo honrado y bien nacido
muy mal se compadece
con engaños, cautelas,
y virtud aparente:

a la que tanto tiempo,
a la que tantas veces
has protestado tierno
amar eternamente;

y a la que con mil ansias
y suspiros ardientes,
has dicho y expresado
tan repetidamente,

que en el alma tenías
no haberla visto desde
la aurora de tus años
y primaveras verdes,

para no haber amado,
no haber querido adrede
de todas las que has visto
si no a ella solamente:

y contando los años,
los días y los meses,
que amándola pasaban,
decías fino siempre,

que otra cosa no ansiabas
con deseo más vehemente,
ni otra te complacía
después de la de verte;

de la de contemplarte
estimarte, y creerte
de tu Doris amada
amado tiernamente;

si no contar por siglos
y edades si pudieses,
tu pasión amorosa,
y que esta ejemplo fuese,

de finezas, constancias,
de deseos indemnes,
de amantes y de amados,
y envidia de las gentes:

¡y alguna vez ¡ay cielos!
el alma se estremece
de ver cuán olvidados
tus juramentos tienes!

Alguna vez llevado
del contento de verte
colmado de favores,
de dichas y de bienes:

y en señal de tus triunfos
coronadas tus sienes
de gloriosas encinas,
de palmas y laureles,

de mirtos, azucenas,

jacintos y claveles,
de rosas, amapolas,
y de arrayanes verdes,

a los Cielos dijiste
con protesta solemne,
que no querías la vida,
y pedías la muerte,

si para amar a Doris,
y ser de Doris siempre
amado idolatrado,
y querido no fuese:

de cuyo amante ruego,
Venus en premio alegre,
creyéndole sincero,
proscribiendo desdenes,

duplicando favores,
y ahuyentando en esquivaces,
raudales de contentos
franqueaba perennes:

y ahora, Lelio ingrato,
ahora, Lelio aleve,
después que confiada
tanto tiempo la tienes,

en que la amas de veras,
y en que tu llama ardiente
inextinguible ardía,
y ardería eternamente,

sales con no ser, Lelio,
el que eras y pretendes,
siendo amor todo sustos,
cuidado intermitente,

fieras sospechas, dudas
acerbas y crueles,
recelos y temores
de perderle y perderse;

a pesar de atalayas
tan vivas y tan fieles,

de espías tan despiertas,
de explorador tan fuerte,

con mentidos halagos,
y engañosos querer
introducir por finas
las falsas brillanteces;

queriendo que un fingido
amor sólo aparente,
del noble y verdadero
haga infame las veces:

de necio te acreditas
Lelio, cuando pretendes,
a quien amó de veras
engañar de esa suerte:

y demás de lo impropio,
lo injusto, lo indecente,
de intento tan inicuo,
un imposible emprendes:

porque amor, aunque niño,
con veras se entretiene,
las burlas le sufocan,
y en engaños fenece:

déjate, pues, o Lelio,
si es que acaso no quieres
con Doris el concepto
acabar de perderle,

de esforzar fingimientos,
de mentir aparentes
finezas, que si un tiempo
sentido has, ya no sientes:

que a Doris, pues, te consta
que piensa noblemente,
será menos sensible
el verte tibio, el verte

sin aquellos ardores,
sin aquellos vehementes
anhelos que amor tierno

te inspiraba otras veces:

que el contemplarte falso,
engañador, aleve,
y con unas acciones
impropias de quien eres:

que al menos dirá sólo
quien tu mudanza viere
que eres débil, variable,
mas no que infame eres:

dejar de ser amante
un hombre de honor puede,
pero de ser honrado
y hombre de bien no debe:

que lo sea no es posible
quien engaña, quien miente,
quien finge y aparenta
un amor que no tiene,

quien con falsas caricias
quiere injusto y pretende,
una fe verdadera
pagar inicuaamente:

y pues que manifiesta
tu ardor inconsecuente,
que de aquellos amantes
vulgarísimos eres,

a quienes Doris noble
y altiva, mortalmente
ha detestado, odiado,
y despreciado siempre,

no reputes injusto,
no extrañes ni te quejes
cuando en Doris despegos
y desagradados vieres,

pues de Doris discreta
las dignas altiveces,
amar nunca han sabido
a quien no lo merece.

Y así, Lelio alevoso,
de ti exige y pretende
Doris hoy sólo en premio
de los esmeros fieles,

con que de agradecida
supo heroica atenderte,
mientras tu amor ejemplo
fue de amorosas fiebres:

que de amarla desistas,
que de ella no te acuerdes,
que la huyas, la abandones,
la olvides y la dejes;

y que ya que tu afecto
no es el que fue otras veces
con fingidas caricias,
traidor, no la molestes.

Y pues las medianías
a quien de veras quiere,
siendo el amor extremos
no es posible contenten,

ya que el tuyo extremado
ser, Lelio, ya no puede
como un tiempo solía,
déjala enteramente.

Damas tiene este pueblos
mejor diré mujeres,
pues para quien comunes
glorias sólo apetece,

para quien en vulgares
llamas sólo arder quiere,
demás están las Damas,
y le bastan mujeres.

En estas podrás, Lelio,
emplear dignamente
tus engañosas ansias,
tu rendimiento aleve,

tus fingidos cariños,
tu fineza aparente,
tu veleidad, tu engaño,
tus ideas infieles,

y demás propiedades
que lastimosamente
con tanto dolor, Doris,
en ti nuevas advierte,

que Doris, sin embargo
de su pesar vehemente,
como a ella no dediques
tan vergonzosas preces,

a los cielos benignos
rogará fina siempre,
que todos tus intentos
a tu gusto prospere.

7.

Respondiendo a una Dama que hizo la pregunta que en ellas se expresa

Me preguntas Isbella,
que es lo que más se siente
en una mal pagada
fe, de un amante aleve;

y aunque de estos pesares
sé poco por el temple
que me dieron benignos
los influjos celestes,

con el que feliz logro
evitar cuerdamente,
de tales sentimientos
los síntomas crueles,

te diré sin embargo
que lo que me parece,
será lo más sensible

a quien pensar supiere:

es mirar al amante,
o contemplarle y verle,
sin aquellas virtudes
y prendas eminentes,

que por hecho tan feo
dice que ya no tiene,
y que apreciado antes
le hicieron felizmente:

esta perdida, Isbella,
será pues, la que siente
hacer un pecho noble
que alienta como debe;

y no la del amante
o amador solamente,
que de la virtud bella
y su atracción carece;

porque aquéllos, sin ésta,
la que los ama, puede
decir que necia y loca
cuerpos sin alma quiere:

así que, Isbella noble,
te digo ingenuamente,
que lo que creo que en tales
casos aflige y duele,

no es la pérdida sólo
del amador aleve,
que siendo tal, se gana
muchísimo en perderle:

sino la total falta
de objetos, que procede
de la de las virtudes
que el amor alimenten;

porque faltando éstas
que es su móvil, sucede
lo que a aquel, que lo que ama
se le ausenta, o se muere:

que sin consuelo se halla

porque desaparece
de su vista el objeto
que amaba tiernamente,

y sin pábulo digno
se encuentra en que se cebe,
la llama en que su pecho
ardía heroicamente,

o lo que a aquel que en sueños
que goza le parece
de algún gran bien y se halla
contento mientras duerme.

Mas luego en despertando,
que ve que nada tiene,
de lo que había creído
poseer tan alegre;

en pesar y tristeza
su gozo se convierte,
y el sentimiento y pena
a su gusto suceden:

bien que del tiempo el curso
Isbella, como suele,
rápido o tardo cura
siempre esos accidentes;

porque como la humana
criatura es un ente,
que para amar al sumo
bien, se quiso naciese,

tanto, a esta pasión noble,
por su genio propende,
que si a aquel no dirige
sus fuegos sabiamente,

con las puertas bien presto
abiertas y patentes,
del corazón incauto
se hallará infelizmente,

para que entrar por ellas
pueda aquel que aparente,

o tenga las virtudes
que amado hacerle pueden:

y así el amador falso
que por su inconsecuente
proceder, da motivo
a tales incidentes,

no tiene porque darse
ufano parabienes
de su hazaña infelice,
pues persuadirse puede,

que con su mismo agravio
las armas da al que hiera,
para que de sus necias
veleidades se vengue:

por todo lo que, Isbella,
te digo francamente,
que a tales amadores,
de tales procederer,

y al amor que hayas visto
les han tenido o tienen,
si dan con quien discurso
y racionio hubiere,

con quien discernir sepa,
y de razón se precie
luego que así los veas
puedes cantar un réquiem.

8.

Dedicadas a una Monja Profesa, que solicitaba la dispensación de sus votos para casarse con el pretexto de haber sido forzada para tomar el velo

Zagala, hermosa y bella,
del coro noble y sacro,
que con el del Impíreo
melodía alternando,

al de los Serafines

y Cherubs abrasados
en el amor divino
compite sacro y santo:

cordera venturosa
del dichoso rebaño
de aquel Pastor Divino,
de aquel Pastor Sagrado,

que la ovejuela enferma,
ejemplo de amor dando,
en sus divinos hombros,
y en sus sagrados brazos;

por librarla de muerte
y aliviarla el cansancio,
lleva tierno y amante
hasta ponerla en salvo.

Y saliendo valiente,
del lobo hambriento al paso,
despreciando peligros,
penas atropellando,

su misma vida ¡ay cielos!
¡qué admiración! ¡qué pasmo
pone fino en defensa
de su redil amado!

¿Qué aprehensión? ¿qué desdicha?
¿qué locura? ¿qué engaño?
¿qué necia fantasía?
¿qué ansia? ¿qué error? ¿qué encanto

te fuerza a que te apartes,
tan fiel Pastor dejando,
de aprisco tan seguro,
de tan constante amparo?

¿Has mirado, Zagala,
has visto, has contemplado
los bienes que renuncias,
los indecibles lauros;

la gloria, la corona,
los contentos y aplausos

que dejas, por los viles,
engañosos y amargos,

que en este valle triste,
fiera mansión del llanto,
y estancia de la pena
se encuentran? ¿y engañado,

sin saber lo que quiere,
el mal por bien tomando,
y la pena por gloria,
busca tu pecho incauto?

¿Sabes que en esta tierra,
en este airado campo,
cubierto de malezas,
de simas y barrancos;

de arpías a todas horas
combatido y cercado,
no hay camino sin riesgo,
no hay sin peligro paso?

¿Qué comparación tiene
el sosiego, el descanso,
la quietud, el reposo,
el gusto, los regalos,

con que el esposo amante,
de las almas amado,
colma incesantemente
esos coros sagrados?

Con el mar proceloso,
tempestuoso, alterado,
en que míseramente
los que en él navegamos,

con el Bajel a pique,
y la muerte esperando
en cada cruel ola
que el viento mueve airado,

en continuas tormentas,
sin cesar zozobrando,
a cualquiera borrasca

miseros naufragamos;

y fuéramos sin duda
infeliz triste pasto
de las focas crueles,
si para libertarnos,

sosegando las aguas,
y los vientos calmando,
con su poder y auxilio
benigno amartelado,

como otra vez a Pedro,
en el mar fluctuando,
el Divino Piloto
no nos diera la mano.

¿Piensas hallar contentos
y delicias, dejando
a tan amante Esposo,
las ansias olvidando,

las penas, los tormentos,
oprobrios y trabajos,
que por ti, y por hacerte
venturosa ha pasado?

Y las continuadas
finezas y conatos
con que siempre procura,
tu gracia aventajando,

hacerte más hermosa,
y que lo seas tanto,
que elevarte merezcas
a sus solios Sagrados.

¡Qué mal, y qué engañada,
Zagala, lo has pensado!
y más si te persuades,
si es que has creído acaso,

que el mayor, el más grande
de los tristes halagos
del mundo, compararse
pueda jamás en algo,

con los que en el Impíreo,
en sus sacros Palacios
tiene comprometidos
el Esposo Sagrado,

a los que en sus obsequios
fieles perseverando,
a pura fe y constancia
sean dignos de tal lauro.

De eso te desengañe,
si es que así lo has pensado,
lo que de los placeres
y contentos humanos,

de su liviano gozo,
de su falacia, engaño
y vanidad, nos dice
el mayor de los Sabios.

Rita te abra los ojos
con los suyos, milagro
de honestidad paciencia,
de obediencia y recato:

quien queriendo dar gusto
a sus padres amados,
que deseaban darla
de casada el estado;

contra lo que en su pecho
desde sus tiernos años
tenía prometido
a su Esposo Sagrado,

que era emplear su vida,
su alma y su cuerpo intacto,
sentidos y potencias
encerrada en un claustro;

por obediencia sólo
la cerviz sujetando,
como cordera al yugo
del matrimonio santo;

como ya estaba hecha
a gustar de más altos
y seguros contentos,
no halló en los de su estado;

sino penas, disgustos,
sinsabores, amargos
acíbares e hieles,
que el alma atormentando,

la dieron solamente
los motivos doblados
de hacer más sacrificios
a su esposo adorado:

hasta que condolido
su amado en fin de tanto
padecer por amarle
de su piedad usando,

la otorgó lo que siempre
había fina anhelado,
entrándola por medio
del triunvirato santo.

Nicolás, Agustino,
y el Precursor cristiano,
a pesar de imposibles,

en los claustros sagrados:

en donde fue y ha sido,
y será siempre el pasmo
del amor, y de esposas
de Jesús, fiel dechado:

la Seráfica Madre
Teresa, en aquel rapto
que su divino Esposo,
que su Jesús amado,

la otorgó amante en premio
de aquel incendio raro
en que su pecho ardía
en su amor abrasado;

transportando su alma,
su espíritu llevando
a la mansión excelsa,
a los regios Palacios,

de aquel Rey de los Reyes,
de aquel gran Soberano,
de aquel Señor inmenso
Altísimo, increado;

para que conociera,
para que viera algo
de los muchos contentos,
delicias y regalos,

que a su amor, sus virtudes,
a sus servicios gratos,
y a su perseverancia,
le estaban preparados;

cuando volvió dichosa
del misterioso raptó,
de lo que allí había visto
su espíritu pasmado:

todo cuanto notaba
y miraba aquí abajo,
las piedras más preciosas,
lo hermoso y estimado,

la tersa plata, el oro
más fino y acendrado,
las regias vestiduras,
los soberbios ornatos,

los contentos, fortunas
y gustos, comparados
a los inexplicables,
inefables y altos,

que en aquel sacro solio
había contemplado,
le parecía todo
miseria, cieno y asco.

Dígalo con Teresa,

con su amor inflamado,
el Sacro coro todo
de los Héroes Sagrados,

que en la feliz, celeste
Jerusalén, gozando
las eternas delicias,
los premios y descansos

que a la virtud heroica
tiene el Juez Soberano,
y a los perseverantes
en ella destinados,

sin cesar sus contentos,
sus gozos, sus aplausos,
están con alabanzas
al hacedor cantando.

Dígalo sobre todos
el Santo de los Santos,
de las fieles esposas,
Esposo sacrosanto,

en su fiel infalible
palabra asegurando,
que en medio de las penas,
aflicciones, trabajos,

persecución, injurias,
si por él las pasamos,
por su amor, por servirle
en el mayor quebranto,

en las penas más duras,
los trances más amargos,
sus fieles servidores
no sentirán el daño:

y que sus escogidos,
sus amantes y amados,
en los fieros tormentos,
en los crueles estragos,

si la fe no les falta,
haciendo risa el llanto

estarán de contentos,
y delicias colmados.

Juan el Evangelista,
el discípulo amado,
entre otros infinitos,
si fueran necesarios,

lo confirme en la Tina
donde hierve cantando
los himnos y alabanzas
al Maestro sagrado:

los Mártires dichosos,
heroicos holocaustos
de su amor, lo publiquen
entre hierros y garfios,

cadena y prisiones,
crueldades y tiranos,
hogueras y cuchillos,
de delicias gozando:

tu esposo, Filotea,
es hermoso, es bizarro,
es noble, es rico, es cuerdo,
es poderoso, es sabio:

es constante, seguro,
valiente y esforzado;
pues para defenderte
del monstruoso contrario,

que atada por la culpa
te tenía en un peñasco,
condenada a ser triste,
de la fiera cruel, pasto,

bajando presuroso
en el pegaso alado
de su amor y deseo,
Perseo divino y sacro.

Dando muerte a la fiera
que le había usurpado
la Andrómeda preciosa

de tu alma gallardo,

por la que mucho tiempo
había que con tanto
amor y fino anhelo
andaba suspirando.

Felices Desposorios
en el Madero Santo,
por hacerte dichosa
contigo ha celebrado.

Es joven siempre, es dueño
de cuanto ofrece el campo,
de cuanto da la tierra,
las fuentes y los prados,

del cielo, del infierno,
del impíreo, los astros
del oro, de la plata,
y es fino enamorado:

es el Señor supremo
de todo lo criado,
a quien se rinde y postra
aun lo más soberano.

Quien dispone de cetros,
coronas y cayados,
de púrpuras pellicos,
de dominios y estados:

quien millares de mundos,
si quisiera, a su agrado
pudiera en un instante
reproducir ufanos,

con sólo un querer suyo,
con un solo mandato,
con un hágase sólo
de sus Divinos labios.

Quien, si por tu desdicha,
a tu deber faltando,
cayeres como frágil
en algún triste caso,

en vez de vengativo
ir luego a castigarlo,
de tu misma miseria
dolido y lastimado,

para que salir puedas
del pantanoso paso,
en que inconsiderada
te has puesto y atascado;

y que te restituyas
a aquel feliz estado,
en que su amor te puso
a costa de tan arduo,

de tan imponderable,
de tan terrible amargo
padecer, amoroso
te alargará los brazos:

con estas perfecciones,
con méritos tan altos,
¿con quién piensas cambiarte?
¿por quién quieres trocarlo?

¿Sabes por quien le deja
tu necio y ciego engaño,
por quien todo es miseria,
pobreza, tierra, barro,

inconstancia, locura,
inconsecuencia, enfado,
veleidad, ignorancia,
soberbia desacato;

falacia, alevosía,
perversidad, engaño,
mentiras, asechanzas,
traición y doble trato?

Por quien mañana fiero,
desconocido, ingrato,
en pago de los gustos
que en gozarte ha logrado;

de tu fineza, esmeros,
y tu caricia en pago;
de tu amor y terneza,
de tu anhelo y cuidado,

A la menor ofensa,
al más ligero agravio
que los celos le finjan
furibundos e insanos,

a una leve sospecha
de ofendido, vengarlo
a costa de tu fama
y vida quiera airado:

como si él, Filotea,
fuese impecable acaso,
y en lo mismo no fuera
quizá más que tú, flaco:

pretendiendo atrevido,
necio, ignorante, avaro,
con injusto juicio,
inicuo y temerario,

que el sexo que más débil
él mismo ha declarado,
el que más frágil llama,

el que apellida vario

tenga más fortaleza,
resista a los asaltos
a que él se rinde torpe,
de miseria abrumado;

con harta más infamia,
más ignominia, y harto
más vilipendio, puesto
que el fuerte es decantado.

Deja, hermosa Zagala,
pensamientos tan vanos;
de tu ser tan ajenos,
a tu bien tan contrarios,

y a las felicidades
opuestos, y descanso
eterno, que desea
darte el que te ha criado:

que sólo por hacerte
dichosa, te ha sacado
de la nada, y te ha hecho
de él un vivo retrato,

para que un día puedas,
a la sombra, al amparo
de sus merecimientos,
de su amor extremado,

gozar las altas dichas,
los contentos colmados,
los gozos y deleites
inefables y altos:

que ofrecido a sus fieles
amadores y amados
tiene quien engañarse
no puede, ni engañarnos:

huye de los del mundo
los mentidos halagos,
las falsas apariencias
de contento y regalo;

mira que todo es burla,
juego, mentira, engaño,
y brindar el veneno
en los vasos dorados:

evita de los hombres
el dominio tirano,
con que de lo debido
los límites pasando,

avasallar pretenden
a la que el cielo santo,
por noble compañera,
no por esclava ha dado:

advierte que son muchas

las que gimen debajo
de las inicuas leyes
del hombre y de su mando:

y las que por librarse
de su yugo pesado
están continuamente
ansiando y suspirando.

Son más que las que en esos
preciosos relicarios
se dicen disgustados,
por no saber acaso,

por no reflejar cuerdas,
sus dichas ignorando,
lo que en lo acervo y duro
se sufre de sus lazos:

no quieras ser de aquéllos
por quienes lastimado,
viéndolos sensuales
gustos tan entregados,

por los caducos bienes
los eternos dejando,
tan lamentosamente
dice tu Esposo amado,

infelices y tristes
los que por un puñado
de días en un gozo
falso y falaz pasados,

eternidad de penas,
eternidad de daños,
y eternidad de males
esperan luego en cambio.

A padecer te animen
esos pocos trabajos,
que ofrecérsete puedan
en tu feliz estado:

lo que aquel Santo Padre,
de Alcántara milagro,

y de la penitencia
admiración y espanto,

dijo a la gran Teresa,
su espíritu volando
por la región etérea
al eterno descanso;

del Padre de familias
al dichoso regazo,
sus gozos, alegrías,
y glorias contemplando;

y viendo los contentos
que le estaban guardados,
gozoso, a grandes voces
por el aire declamando,

¡Dichosa penitencia!
¡oh felices trabajos,
los que tantas delicias,
me han adquirido en pago!

Y perdona, Zagala,
si me he excedido acaso,
y en lo que tú no ignoras
he hablado demasiado,

que un fraternal sincero
afecto lo ha causado,
con el que ansiosa anhelo
que todos conozcamos,

que sólo Dios es grande,
es justo, es bueno, es sabio,
es generoso, es digno
de ser fielmente amado.

¡Oh! y su amor nos haga
un día ciudadanos
de la ciudad dichosa
de aquel gran Santuario,

y en ella, de las crueles
fatigas descansando,
con que incesantemente

en la tierra luchamos,

las sumas perfecciones
mirando y contemplando,
de aquel Piélago inmenso
de virtudes, podamos,

uniendo nuestros himnos
y felices aplausos,
al de las jerarquías
y bienaventurados,

entonar amorosos
aquel *Tu solus Sanctus*, &c.

9.

Afectos del alma al amor Divino, y desengaño y reconocimiento de la fealdad del amor profano

Divino Jesús mío
quien a conocer llega
lo que vuestro amor vale,
¿como hay otro ninguno que apetezca?

¿Qué finezas igualan
vuestras grandes finezas,
ni dónde hay en el mundo
ternura y voluntad como la vuestra?

Por libertarme amante
de la justa sentencia,
que por mi grave culpa
fulminó contra mí la ley suprema,

os miró amartelado
con una cruz a cuestras,
cargado de baldones,
de oprobios, de calumnias y de afrentas:

llevando amante y tierno
por mí las duras penas,
que yo por mi delito
padecer y sufrir debería acerbas:

tres veces el cruel peso
de mis graves ofensas,
en cruz simbolizadas,
os abatió hasta el suelo de flaqueza;

por mí dejasteis fino
las moradas excelsas,
donde todo es contento,
felicidad, regalo, y gloria eterna.

Y bajando amoroso
por mí a la árida tierra,
a padecer vinisteis
de este valle del llanto las miserias.

Porque yo rica fuese,
y señora me viera
con vos vuestros Reinos,
y en vuestra preeminente mansión regia,

sufrir os resolvisteis
la abatida pobreza,
y el odio y vilipendio
con que el mundo altanero la desprecia.

Vos hermosa me hicisteis,
vos me criasteis bella,
porque del amor vuestro
amada tiernamente ser pudiera,

y porque mi desdicha,
mi extremada miseria,
con manchas y lunares,
la beldad que me disteis, necia afea:

vos, amante esmerado
de excesiva fineza,
porque dejar de amarme
vuestro amor por mis faltas nunca pueda,

con vuestra Sacrosanta
sangre preciosa, llena
de virtudes, de gracia,
de dones, de eficacia y de excelencias:

una agua tan divina
vuestra piedad inmensa
me ha dado y ha compuesto,
con que quitarlas y lavarme pueda;

que con ella lavada,
como debo dispuesta,
me deja más hermosa,
más brillante mi tez, más limpia y tersa.

Vos, no solo, no airado
prontamente la ofensa
que os hago necia y loca
vengáis como yo osada mereciera,

sino que compasiva
vuestra suma clemencia
de mis debilidades,
mi ceguedad, mi engaño, y mi torpeza,

me da lugar y tiempo,
con amante paciencia,
para que repararlas
con mi llanto y dolor, si quiero, pueda.

Los amantes del mundo,
por más que amen y quieran,
de ingratitude colmados,
lentos de perversión, y de soberbia,

a la que más estiman,
a aquella que más ciertas
finezas y conatos
su impuro amor, y detestable deba,

no sólo como graves
las faltas más ligeras
les castigan, y a costa
de su honor y su fama fieros vengan,

sino que muchas veces,
para que aquéllas puedan
disculpar su inconstancia,
con horrible maldad se las inventan.

Vos disminuís las culpas,

compadecéis flaquezas,
y perdonáis errores,
siendo suma beldad, suma inocencia,

y ellos siendo malicia,
siendo oprobio y vileza,
su propia enorme falta
desconocen, y abultan las ajenas:

vos aumentáis las gracias,
vos añadís belleza,
y ellos y cual fieras brutas,
destruyen y aniquilan las que encuentran:

vos sanáis al enfermo,
ellos lo sano infectan,
vos dais vida, ellos matan,
vos sois consolación, y ellos son pena:

vos sois ricos, ellos pobres,
escasez y miseria;
vos la misma abundancia,
el poder, señorío y la opulencia:

y ellos urgencia suma,
necesidad extrema,
mendiguez continuada,
poquedad, sujeción, y dependencia:

vos al alma dichosa
que en serviros se esmera,
la colmáis de contentos,
de gozos, de alegría, y complacencias,

y ellos con su profano
amor, todo torpezas,
a la que pensar sabe,
de fastidio y de horror la dejan llena:

vos sois firme, invariable,
ellos voluble rueda,
veleidad y mudanza,
vos inmutable ser, deidad perpetua:

ellos aliento breve,
caduquez, decadencia,

vos, sin principio, eterno,
constancia, duración, y permanencia:

ellos bajeza suma,
vos la suma grandeza,
vos noble, ellos plebeyos,
vos Majestad, y celsitud inmensa,

vos quietud y descanso,
vos la paz, ellos guerra,
vos suavidad, dulzura,
vos todo amenidad, ellos malezas:

vos ventura colmada,
vos hartura completa,
felicidad continua,
finalmente, vos cielo, y ellos tierra.

Con tan distantes puntos,
tan desiguales prendas,
¿cómo hay, ¡oh, Jesús mío!
dulce camino, guía y vida nuestra,

quien a saber alcanza,
quien a conocer llega
lo que vuestro amor vale,
que otro ninguno necio y loco quiera?

¡Oh! iluminad piadoso
nuestra torpe ceguera,
para que conozcamos
la infalible verdad, la gran certeza,

de que no hay en el mundo
ni habrá jamás fineza,
beneficios, favores,
ternura y voluntad como la vuestra.